

## OTRA OMISIÓN DE FINLAY

### ¿Ignorancia o mala fe?

Hace más de treinta años vengo bregando por defender la gloria de Finlay, desconocida unas veces y usurpada otras, por individuos que ignorando sus trabajos o queriendo desconocerlos después de haberle reconocido su paternidad, silencian su nombre con el mayor desenfado para atribuirse una gloria que en manera alguna les corresponde.

Estas reflexiones me las ha sugerido la lectura de un pequeño opúsculo, intitulado *Pioneers in Hygiene and Tropical Medicine*, publicado al parecer por la London School of Hygiene and Tropical Medicine, sin autor conocido, y en cuya Nota de Introducción, fechada «july, 1929... se hace constar los nombres de los descubridores (*pioneers*) en higiene y medicina tropical que han sido esculpidos en la fachada del nuevo edificio de la Escuela en Londres. En efecto, entre los veintiún nombres que allí figuran, no aparece el de Finlay; y esto constituye desde luego no una ignorancia, imperdonable por otra parte, sino una verdadera y premeditada mala fe, puesto que entre dichos nombres figuran los de William Crawford Gorgas y de Walter Reed, quienes, el segundo confirmó en 1901, en esta ciudad, como Presidente de la Comisión de Médicos del Ejército Americano, las doctrinas sustentadas por Finlay desde 1881 acerca de la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito, y el primero llevó a cabo su erradicación del suelo cubano, aplicando las medidas propuestas por el mismo Finlay, desde fines del siglo pasado; cosas que dejé demostradas plenamente en mi trabajo *Reivindicación de la gloria de Finlay*, leído en esta misma Academia en la sesión del 4 de febrero de 1927.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, t. LXII, págs. 794-814. (Véase el acta de la sesión, págs. 778-781); Revista de Medicina y Cirugía de la Habana, t. XXXII, págs 41-56; Sanidad y Beneficencia, Boletín Oficial de la Secretaría, t. XXXII, págs. 204-215; Cuba Contemporánea, La Habana, marzo de 1927, t. XLIII, págs. 218-232; «Finlay», revista de divulgación sanitaria, La Habana; agosto, septiembre y octubre de 1929, t. I, págs. 71-80.

Pero antes de proseguir, permitidme hacer un poco de historia, para que se pueda apreciar la justicia del título con que encabezo este trabajo, y para acabar de una vez y para siempre con la leyenda de los precursores que se le han querido oponer a Finlay —para invalidar la gloria de su descubrimiento—, que no debe confundirse en manera alguna con demostración, pues el primer sustantivo, según el Diccionario es el «Hallazgo, encuentro, manifestación de lo que se estaba oculto o secreto» y su afin Descubridor el «Que descubre o halla una cosa oculta o no conocida» y el segundo sustantivo, entre sus acepciones tiene la de «Comprobación de un principio o de una teoría...»

Uno de los primeros que puso en tela de juicio el descubrimiento de Finlay, del mosquito como medio de transmisión de la fiebre amarilla, lo fue el doctor Ernesto Edelmann, quien en enero de 1902 dirigió una carta a la *Revista de la Asociación Médico Farmacéutica* de la Isla de Cuba<sup>14</sup> traduciendo y extractando de la obra de Higiene, de Langlois, la «Transmisión del contagio por los insectos» y al referirse a la fiebre amarilla dijo que: «Desde 1848, Nott afirmó el papel de propagadores que en esta enfermedad tenían los mosquitos».

A este trabajo contestó el Director de esa Revista, doctor Enrique B. Barnet, con un breve artículo intitulado «Cuestión de prioridad»<sup>15</sup> refutando las ideas sustentadas por el doctor Edelmann, nada menos que con la opinión del profesor George E. Beyer y de los doctores O. L. Pothier, M. Couret e I. I. Lemann, miembros todos de la Comisión de Mosquitos de la *Orleans Parish Medical Society*, en su informe oficial a la Sociedad, publicado en el «New Orleans Medical and Surgical Journal», de enero de 1902.

El doctor Edelmann, en nueva carta publicada en la misma revista<sup>16</sup> dice que «No es mi ánimo que la reputación científica de Finlay padezca»... y en otra posterior publicada en la misma revista con el título «Justicia»<sup>17</sup> con una honorabilidad manifiesta y refiriéndose al asunto de la prioridad de Nott, escribe lo siguiente:

«Yo ignoraba, en aquel entonces, cuando eso escribía, las experiencias realizadas por el doctor Finlay en tiempos del general Blanco; hoy que he leído y releído esas experiencias, por medio de las cuales pudo Finlay transmitir la fiebre amarilla por medio de la picada del

---

<sup>2</sup> Loc. cit., enero de 1902, t. II, págs. 287-288.

<sup>3</sup> Loc. cit., febrero de 1902, t. II, págs. 395-396.

<sup>4</sup> Loc. cit., marzo de 1902, t. II, págs. 468-469.

<sup>5</sup> Loc. cit., diciembre de 1902, t. III, pág. 157.

mosquito infectado, no vacilo en afirmar, en aras de esa misma verdad —por la cual suspiro constante y ardientemente— que yo estaba en el más completo error cuando escribía aquellos artículos que usted había publicado en la revista.

«Como quiera, señor Director, que esas discordantes notas, o artículos, podrían ser tomados como pasionales y no como el deseo ardiente de la verdad, yo, a favor de esa misma verdad, confieso que me he equivocado; y que fue Finlay el primero que habló de la propagación de la fiebre amarilla por medio del mosquito; hechos que demostró experimentalmente en los soldados españoles que le facilitó, para ese objeto el general Blanco, Gobernador General de la Isla de Cuba en aquel entonces».

Esta noble y levantada confesión de su error, le exculpa de haber dudado de la prioridad de Finlay en su admirable descubrimiento. No obstante, en época anterior, con motivo de la publicación de mi trabajo «Estadística de la fiebre amarilla; desaparición de dicha enfermedad en la ciudad de la Habana demostrada por los datos de la misma»<sup>18</sup> el doctor Edelman publicó un artículo en la *Revista Médica Cubana*, intitolado «Higiene Pública, Fiebre Amarilla»<sup>19</sup> en el que criticaba mi trabajo y dudaba de que exterminando los mosquitos pudieran suprimirse las epidemias de fiebre amarilla; trabajo al que contesté enseguida con otro publicado en la misma *Revista Médica Cubana*,<sup>20</sup> restableciendo la verdad de los hechos y demostrándole que el mosquito del género *Stegomyia* era el único transmisor de la fiebre amarilla, la que no se transmite por ningún otro insecto, hecho reconocido por el Congreso Sanitario Internacional celebrado en La Habana en febrero de ese mismo año 1902; que aun cuando no se conoce el microbio de la rabia, ni el de las viruelas, las inoculaciones de Pasteur y de Jenner, han dado buena cuenta de esas enfermedades en los países civilizados y la manera cómo desaparece espontáneamente la fiebre amarilla en algunas localidades es exterminando esos mosquitos, como lo explicó el doctor Guiteras en el trabajo que leyó en esa misma sesión del 20 de abril.

En cambio, la mala fe se comienza a manifestar con una carta dirigida por el doctor Agustín M. Fernández de Ibarra a la *Gaceta Médica Cata-*

<sup>18</sup> Archivos de la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana, t. XI, páginas 227-320.

<sup>19</sup> Loc. cit. La Habana, septiembre 1<sup>o</sup> de 1902, t. I, págs. 166-170.

<sup>20</sup> Loc. cit. La Habana, septiembre 15 de 1902, t. I, págs. 208-213.

*lana*», desde La Habana, en 28 de febrero de 1903, que tituló «La falacia sanitaria del mosquito en la fiebre amarilla», en la que maliciosamente decía que: «El doctor Carlos J. Finlay a quien mis paisanos quieren glorificar hoy por atribuir (indebidamente) el descubrimiento de la transmisión de la fiebre amarilla por medio de los mosquitos...» Me vi obligado a desenmascarar públicamente a este equivocado autor, tanto en España como en el Brasil, publicando un trabajo en la *Revista Médica Cubana*<sup>9</sup> y en la «*Revista Médica de Sao Paulo*»,<sup>10</sup> en la que ponía en claro las falsedades propaladas por aquel desgraciado.

En el Congreso Sanitario Internacional celebrado en La Habana del 15 al 20 de febrero de 1902, y en la sesión dedicada a fiebre amarilla,<sup>21</sup> «un compañero que se ocupaba de las condiciones sanitarias de nuestra ciudad... parecía atribuir toda la gloria de la extinción de la fiebre amarilla de La Habana, a los americanos. Protesté resueltamente contra tal afirmación haciendo la historia detallada del problema delante de todos los congresistas que ocupaban el salón y entre los cuales se encontraba la mayoría de los profesores americanos que de manera más o menos directa habían intervenido en dicho buen resultado sanitario; y no solamente ninguno de ellos protestó, sino que el distinguido compañero que hablaba, reconoció la verdad de mi argumentación, demostrando con este silencio y con este asentimiento que lo que yo allí manifestaba era la más absoluta verdad».

Algún tiempo atrás, el malogrado doctor Ramón García Mon, había publicado en el «*Diario de la Marina*», edición del 30 de octubre de 1900, una carta que tituló «Los mosquitos y la fiebre amarilla», a propósito de un telegrama de Washington en el que se afirmaba que: *Una Junta de Médicos del Ejército de los Estados Unidos ha informado que la mordedura de los mosquitos son los que propagan la fiebre amarilla*», y en dicha carta, refiriéndose a los trabajos de Finlay sobre esta materia desde 1881, concluye manifestando que si éste «se expuso antes a la censura, es muy justo que ahora se lleve la gloria que le corresponde y que pretenden usurparle.

Ya en el trabajo leído por el mismo Finlay el 28 de octubre de 1902, ante la Conferencia de las Juntas de Sanidad de los Estados Unidos y de las provincias de la América del Norte, en New Haven, Conn. con el título «*Método para extirpar la fiebre amarilla recomendado desde 1899*», se lamentaba éste de que sus «trabajos han sido totalmente desfigurados al ser

<sup>9</sup> Loc. cit. La Habana, junio 1º de 1903, t. II, págs. 203-299.

<sup>10</sup> Loc. cit. Febre amarella, octubre 31 de 1903, t. VI, n. 20.

<sup>11</sup> Loc. cit. La Habana, febrero de 1905, t. VI, págs. 60-61.

mencionados al público americano». Son de tal trascendencia sus palabras que no puedo menos que reproducirlas aquí. Decía Finlay:

«Si se toman en consideración las versiones que han venido apareciendo en la prensa diaria durante los últimos 18 meses, se llega a adquirir la impresión de que aunque hace muchos años descubrí que la fiebre amarilla era transmitida por los mosquitos, no adelanté después ni un sólo paso en el esclarecimiento de los hechos que encierra esta idea; así pues, toda la gloria del descubrimiento y de la demostración de los hechos en que se basan nuestros métodos actuales, se atribuye a los investigadores que recientemente han estudiado mi teoría, que son: los miembros de la comisión de fiebre amarilla del ejército americano, presididos por el comandante Reed; el profesor de la Universidad de la Habana (antes de la Universidad de Pennsylvania) el cubano doctor Juan Guiteras; y por último, mi distinguido predecesor en el Departamento de Sanidad de la Habana, el comandante W. C. Gorgas. Lejos de mí la idea de amenguar la importancia de los resultados alcanzados por los sabios mencionados, y que son ya conocidos de ustedes; estos resultados quedarán grabados en los Anales de la Ciencia, como acontecimientos de la mayor trascendencia. Cualquiera que desee estudiar la materia con algún detenimiento, podrá evidentemente convencerse de que mis propios trabajos han sido totalmente desfigurados al ser mencionados al público americano. Yo he escrito muchos artículos para periódicos científicos cubanos y extranjeros, y para diversos congresos, y he ido enterando a mis lectores de cada uno de los pasos que he dado en mis investigaciones. Algunos artículos fueron traducidos del español (entre ellos mi primera memoria sobre el mosquito, en 1881), así es que no puede acusárseme de haber guardado para mí solo mis descubrimientos. Quien quiera tomarse el trabajo de leerlos, podrá convencerse de que entre los hechos y las deducciones que se atribuyen a los investigadores modernos, con dificultad puede encontrarse uno que no haya sido afirmado, demostrado o sugerido por mí, como resultado de mis observaciones o experimentos personales. Con respecto a mi hipótesis, ya yo había tomado en consideración y hecho notar la posibilidad de que el mosquito constituyese un «huésped intermediario» indispensable para la evolución de alguna fase del germen de esta enfermedad. (Véase mi artículo en el *American Journal of the Medical Science*, octubre, 1886, p. 402)».

Continúa demostrando los hechos por él expuestos y tergiversados por algunos, las predicciones que se han cumplido aplicando sus doctrinas, y en un párrafo final agrega:

«Antes de terminar este escrito, ruego me perdonéis por haber ocupado vuestra atención con un asunto, en el cual hay tanto de egoísmo personal; pero yo me he visto en cierto modo obligado a hacerlo porque mis derechos de prioridad han sido tácitamente negados por los miembros de la Comisión Militar. Yo confío, sin embargo, en que los hechos que he referido no carecen de algún interés, aunque sólo sea por su significación histórica y porque son un ejemplo del principio de que una teoría, cuando es perfectamente sólida, deberá ser susceptible de adquirir una extensión considerable, dentro de los límites de las deducciones que permita la lógica, sin que deje por eso de producir conclusiones verdaderas. Pueden transcurrir años antes que la exactitud de esas conclusiones reciban la sanción de una comprobación final e irrefutable; pero si la teoría fundamental es realmente sólida, dicha comprobación se verifica tarde o temprano, como ha resultado con mi teoría...»<sup>12</sup>

La verdad de estas afirmaciones de Finlay quedan confirmadas con el escrito que mi querido amigo el doctor Aristides Agramonte, único superviviente de aquella inolvidable Comisión de Médicos del Ejército Americano que comprobó las doctrinas culicidas de Finlay, en que tuvo que rebatir en el «*Journal of the American Medical Association*» (june 1903), un artículo escrito por su ex-compañero el doctor Carroll, en el cual se pretende *robar* (esas son sus palabras), al doctor Finlay la parte que le corresponde en la dilucidación del problema de la epidemiología de la fiebre amarilla.<sup>13</sup>

La posterior actuación de la Rockefeller Foundation, y sobre todo de su director el doctor Georges Vincent, en sus «*Annual Report*» de los años 1921 y 1922, del «*Journal of the American Medical Association*», del letrero puesto en la base del busto de Reed, existente en el Museo Nacional de Washington, como *descubridor del germen de la fiebre amarilla* (¿?) y alguna otra inexactitud que omito en honor de la brevedad, fueron contestados por el doctor Diego Tamayo, de una manera concluyente en las

<sup>12</sup> Revista de la Asociación Médico-Farmacéutica de la Isla de Cuba. La Habana, enero de 1903, t. III, p. 179-185. Traducción española del Dr. Frank Menocal.

<sup>13</sup> Revista Medica Cubana, La Habana, diciembre de 1904, t. V, p. 290-294.

sesiones de esta misma academia, del 25 de enero de 1925 y del 14 de marzo de ese mismo año,<sup>14</sup> por mí en la primera de las sesiones citadas,<sup>15</sup> y por el doctor Emilio Martínez, en la sesión del 14 de enero de 1927.<sup>16</sup>

Tal parecía que la péfida campaña de silenciar sistemáticamente el nombre de Finlay, había cesado; pero, he aquí que en el N° 8 correspondiente a agosto de 1929, del «*Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*», editado en Washington, aparece una nota en el artículo Fiebre Amarilla, tomado de la «*Gaceta Médica de Caracas*», febrero 15, 1929, con el título «*Beauperthuy, precursor*», en que el profesor Rísquez declara que la «obra de la etiología y profilaxia de la fiebre amarilla y del paludismo puede, en justicia, ser dividida en tres etapas: 1° Beauperthuy en 1854; 2° Finlay en 1881; y 3° la Comisión Americana en La Habana, en 1901.

Esta nota al parecer sin importancia, fue reproducida *in extenso* en un artículo publicado con el mismo título antes citado: «*Beauperthuy, Precursor*», firmado por el doctor Francisco Rísquez, Presidente de la Comisión de Patología Médica (Caracas) en el N° 2, 8ª año, 2ª época, noviembre 1º de los «*Archivos Médicos Franco-Hispano-Americanos*», editados en París. En dicho artículo, de tonos encomiásticos para Finlay, en el que consigna estas hermosas palabras «...que es una gloria de la patria cubana y dé la gran familia hispano-americana; que lucirá siempre la insignia de precursor de un adelanto que ha salvado más vidas que víctimas han hecho las pestes y las plagas de todas las edades,,», se trata de la obra de Beauperthuy, citando párrafos relativos a los *tipularios* (o mosquitos) y la manera de transmitir varias enfermedades, así como otros de su refutador el doctor Brassac, para terminar, con éstos que literalmente copio:

«Como se ve, la obra de la etiología y profilaxia de la fiebre amarilla y del paludismo, puede, en justicia, reconocerse ante el tribunal de la Historia de la Medicina, dividida en tres etapas:

»1ª—El doctor Beauperthuy, en Venezuela, el 1854, establece, como resultado de numerosos estudios y experiencias de catorce años, que los insectos son los transmisores de las infecciones, y que particularmente los zancudos, mosquitos o tipularios, como él los llamaba, son los causantes de la fiebre amarilla y del paludismo, en

<sup>14</sup> Tamayo, Diego. Recuerdos del pasado en la investigación de la fiebre amarilla, Anales de la Academia de Ciencias, etc., t. LX, págs. 630-633; Informe sobre el finlaísmo, Anales, etc., t. LX, págs. 978-991.

<sup>15</sup> Le-Roy, Jorge. La doctrina de Finlay en la fiebre amarilla, Anales, etc., i LX, págs. 634-638.

<sup>16</sup> Martínez, Emilio. La reivindicación de Finlay. Anales, t. LXIII, págs. 740-744.

particular el zancudo con patas rayadas de blanco, para la fiebre amarilla, picando e inoculando en la sangre ciertos principios de que se habían cargado antes.

»2<sup>a</sup>—El doctor Finlay, en La Habana, demuestra en 1881, por numerosas experiencias, y sin haber conocido los trabajos precedentes, que el culex mosquito es el transmisor de la fiebre amarilla.

»3<sup>a</sup>—La Comisión Americana en La Habana y en 1891 (*no fue en ese año sino en el de 1900-1901*), se basa en los trabajos del doctor Finlay y demuestra y practica la profilaxia de la fiebre amarilla y del paludismo por la lucha contra el mosquito».

«He aquí las tres fechas que deben marchar siempre asociadas en este punto: 1854, 1881 y 1891». (*Ya dije que no era 1891 sino 1900-1901*).

Volveré en breve sobre estos particulares, basándome también en los *Travaux Scientifiques de Louis Daniel Beaupérthuy*; pero antes citaré otra fuente de erróneas informaciones.

En una edición en lengua española de «Le *Siecle Medical*» de París, publicada en forma de periódico diario, correspondiente al sábado 15 de febrero de este año 1930, Año 1. Número 2, en la tercera plana, aparece un artículo: *Beaupérthuy precursor de Finlay*, firmado L. M. en el que casi copia el trabajo del profesor Rísquez antes citado, pero se intercalan algunas falsedades que no es posible dejar pasar sin evidenciarlas. Comienza diciendo:

«No pretendemos aquí disminuir la gloria de Finlay, honor de la hermosa tierra cubana, pero creemos interesante mostrar cómo, antes que él y sin que él lo hubiera sabido, un médico francés mostró que el mosquito era el agente de transmisión de la fiebre amarilla».

«Lo hacemos con tanto mayor agrado cuanto que un médico de Venezuela, el profesor Francisco Rísquez, fue quien encontró los trabajos de Beaupérthuy y los dio a conocer a los cubanos».

Veamos estos dos párrafos: Cicerón, en sus ataques a Catilina usaba mucho la figura retórica que se llama «preterición», y es lo que ha usado —probablemente sin saberlo— el autor, al no querer disminuir la gloria de Finlay, para, a renglón seguido, decir que antes que él un médico francés mostró que el mosquito, etc. Y luego añade que un médico venezolano fue quien encontró los trabajos de Beaupérthuy y los dio a conocer a los médicos cubanos.

Ahora bien, tengo ante mi vista el discurso leído por el muy ilustre doctor Luis Perna de Salomó, en la tercera sesión inaugural del Centro Médico-Farmacéutico de Cienfuegos (Cuba), celebrada el día 2 de diciembre del año 1884, e impreso en aquella ciudad en 1884, en el cual se encuentra este párrafo:

«El señor Rivas Mundarain, de Cumaná (Venezuela), reclama la propiedad del descubrimiento etiológico de la fiebre amarilla, para el doctor Luis Daniel Beaupérthuy; éste desde el año 1854 (no en el de 1850 como dice el señor L. M.) publicó unos trabajos en la Gaceta de Cumaná —y dos años más tarde envió un pliego a la Academia de Ciencias de París— en los que sostenía, que la fiebre amarilla era ocasionada por insectos de la familia de los tipularios; que éstos viven en las orillas del mar y en los lugares pantanosos, manteniéndose de materias vegetales y animales en descomposición, y que producen el tifus icterodes, inoculando bajo la piel humana las sustancias que le sirven de alimento».

En la sesión celebrada por la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana<sup>17</sup> el 14 de diciembre de 1890, presentó el doctor Finlay con su colaborador el inolvidable doctor Claudio Delgado, una *Estadística de inoculaciones de fiebre amarilla por los mosquitos*, y en la discusión del mismo «el doctor Tamayo manifiesta que hace ya muchos años el doctor Beaupérthuy dijo que los mosquitos de los pantanos inoculaban la fiebre amarilla en sus picadas... a lo cual respondió el doctor Finlay»:

«No es cierto que me haya inspirado en las teorías del doctor Beaupérthuy, que el doctor Tamayo y yo ignorábamos cuando concebí mi teoría de la transmisión por el mosquito...»

En la sesión del 5 de febrero de 1901, celebrada por el III Congreso Médico Panamericano, en la ciudad de La Habana, al someter a discusión el trabajo presentado por el doctor Walter Reed, titulado «La etiología de la fiebre amarilla»,<sup>18</sup> el doctor Perna dice que no acepta los resultados de estadísticas; que en ellas se basaron Carmona, Freyre y Sanarelli y todos han venido en descrédito; que la teoría del mosquito no es nueva; que a me

<sup>17</sup> Anales, etc., t. XXVII, págs. 497-500.

<sup>18</sup> Loc. cit., t. I, p. 287.

diados del siglo pasado un médico francés sostuvo que el paludismo, a la vez que la fiebre amarilla, eran transmitidos por el mosquito».

En el N<sup>o</sup> 14 del t. XXXIII, de la «*Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana*», correspondiente al mes de julio de 1907, publicó el doctor Aristides Agramonte<sup>19</sup> un trabajo con el título «*Sobre los casos 'esporádicos' de fiebre amarilla*», contestando otro del doctor Tomás Hernández, de Sagua la Grande (cuna de Joaquín Albarrán) en el que dice textualmente: «*La teoría que el doctor Hernández presenta a nuestra consideración, tuvo su nacimiento hace nada menos que tinos cincuenta y pico de años; fue su autor el doctor Louis Daniel Beauperthuy, médico de la facultad de París y que ejerció su profesión en la provincia de Cumaná en Venezuela*». Se extiende después en consideraciones sobre la vida del mismo y cita numerosos párrafos tomados directamente en la «*Gaceta Médica de Cumaná*» de mayo de 18 54, casi los mismos que cita el doctor Rísquez al que nos referimos y que reproduce el señor L. M., de París.

En la sesión del 13 de diciembre de ese mismo año 1907, el que habla, en colaboración con sus distinguidos colegas, los doctores J. N. Dávalos, desgraciadamente ya desaparecido, y M. Ruiz Casabó, tuvimos que informar «*Sobre la fiebre amarilla y su origen telúrico*», con motivo de peticiones formuladas por el doctor Tomás Hernández, ya Citado antes, y lo hicimos en este sentido:

«Según dejamos ya consignado, las respectivas teorías de los doctores Beauperthuy y Finlay sólo ofrecen de común el *medio transmisor* de la fiebre amarilla, el mosquito. Pero al paso que el primero no hace distinción entre las variedades de esos insectos, juzgando a varios capaces de transmitir la enfermedad, el doctor Finlay desde su primera comunicación a esta Academia, en 14 de agosto de 1881, asignó ese papel al *Culex mosquito de desvoidi* (hoy *stegomyia fasciata o calopus*) en su condición de *hembra fecunda e infectada por un atacado de dicho mal*.<sup>20</sup> . . . .

El mismo doctor Aristides Agramonte publicó un folleto, reimpreso del «*Boston Medical and Surgical Journal*», con el título *An Account of doctor Luis Daniel Beauperthuy-A pioneer in Yellow Fever Research*<sup>21</sup> que aunque escrito en inglés circuló en esta República entre sus compañeros de profesión, y por tanto entre los médicos cubanos.

<sup>19</sup> Loc. cit., págs. 232-233.

<sup>20</sup> Anales, etc., t. XLIV, págs. 577-579.

<sup>21</sup> Loc. cit., vol. CLVIII, págs. 927-930, June 18, 1908.

Finalmente el doctor Juan Guiteras, comentando la conferencia del *doctor Osler sobre «La nación y los trópicos» y el doctor Finlay*, en el boletín de la Secretaría de Sanidad y Beneficencia<sup>22</sup> hace una larga referencia a los trabajos de Beauperthuy, discutiéndolos y demostrando sus diferencias con los de Finlay.

Ya ve el distinguido autor que oculta su nombre con las iniciales L. M. que los médicos cubanos conocíamos *hace muchos años* los trabajos de Beauperthuy, y que no necesitábamos que el ilustrado doctor Francisco Rísquez los encontrase, para dárnoslos a conocer.

No voy a ocuparme de la muy interesante vida del doctor Beauperthuy. De sus trabajos sobre las diversas infecciones, sobre todo de las nacidas en los pantanos, ni de su transmisión por insectos; de sus lucubraciones sobre la lepra en Demarara, al frente de cuyo hospital le sorprendió súbitamente la muerte el 3 de septiembre de 1871. Tampoco me voy a entretener en comentar el informe que en 1872 presentó al Director del Interior, el doctor Brassac, médico de primera clase de la marina francesa, respecto de las notas dejadas por el doctor Beauperthuy, y que su hermano Felipe, reunió en Cumaná en 25 de junio de 1872, y publicó en Burdeos en 1891 bajo el título de «*Travaux identifiqes*», porque todo esto me llevaría muy lejos y pudiera ser motivo de otro trabajo, expositivo de la vida de ese infatigable trabajador y sagaz observador; pero sí he de tratar de invalidar la especie atribuida a ese autor de que él fue el que «dio la idea y mostró que la fiebre amarilla era transmitida por los mosquitos».

Ya el sabio Salomón había dicho que *Nihil sub sole novum*, y esta gran verdad tiene su confirmación en la historia de la medicina. El gran historiador de ella, el profesor Fielding H. Garrison, (cuya autoridad supongo no será puesta en tela de juicio) al tratar de la medicina de Persia dice<sup>23</sup> «Un objeto votivo encontrado en Cura (Persia) tiene un conjuro contra los mosquitos. En sello cilindrico de la colección de Pierpont Morgan, tiene el «símbolo mosca» emblemático de Nergal, el dios de la Mesopotamia, de la enfermedad y de la muerte».

En párrafo posterior escribe: «La semiología y el pronóstico combinan la observación aguda con las vulgares observaciones populares. Como ejemplo puede citarse la descripción muy clara, del *Susruta*, de la fiebre palúdica, que es atribuida a los mosquitos, o el pasaje del *Bhagavata Putaña*,

<sup>22</sup> Sanidad y Beneficencia, La Habana, abril de 1910, t. III, págs. 313-317.

<sup>23</sup> Introducción a la Historia de la Medicina, por Fielding H. Garrison. Traducción de Eduardo García del Real. Calpe, Madrid, 1921, t. I, p. 52.

que aconseja a los habitantes abandonar sus casas «cuando las ratas caen de los tejados, se mueven continuamente y mueren» por ser presumible una peste».<sup>24</sup>

Más adelante, en el tomo II, escribe: «La teoría de que los mosquitos pueden transmitir la fiebre palúdica, se encuentra ya indicada en el libro transcrito *Susruta*, y la misma teoría ha sido admitida por Josiah Clark Nott, de Carolina del Sur (1848) y por Louis Daniel Beaupérthuy (1854), en tanto que la doctrina era definitivamente estatuida para la fiebre amarilla (1881) por Carlos Juan Finlay (1833-1915) de Cuba, y para el paludismo por Albert F. A. King (1883).<sup>25</sup>

Veamos ahora otra autoridad, reconocida por todos los que de estas materias se han ocupado. Me refiero a mi inolvidable amigo el doctor Juan Guiteras y Gener. Decía en un trabajo publicado en «Sanidad y Beneficencia», a que antes me referí, sorprendido de que el doctor Osier, ante la Escuela de Medicina Tropical de Londres, omitiese el nombre de Finlay, y al tratar de los recientes descubrimientos que se refieren a la transmisión de enfermedades por insectos chupadores de sangre:<sup>26</sup>

«...No hay diferencia alguna entre las creencias populares de los negros de África y los campesinos italianos de que las fiebres eran producidas por picadas de mosquitos, y los escritos de Nott, Beaupérthuy y King. El que siga a estos autores cronológicamente puede imaginarse por el aspecto científico de sus publicaciones, que está siguiendo el proceso de evolución de una gran doctrina; pero pronto se encuentra que está encerrado en un círculo vicioso que lo vuelve a traer a los negros de África y a nada práctico. Aparece por un momento como si el doctor Beaupérthuy se saliese del círculo y presentase entre sus numerosas y raras fantasías, un hecho, cuando habla del mosquito '*a paites Rayées de blanc, el zancudo bobo*'. Esta mención, frecuentemente repetida y sacada de la frase original en que está colocada, ha servido como prueba de que el doctor Beaupérthuy había señalado con exactitud el verdadero transmisor de la fiebre amarilla, el *stegomyia calopus*, caracterizado por anillos blancos en las seis patas. Pero esto no es verdad».

<sup>24</sup> Loc cit., t. I, p. 58.

<sup>25</sup> Loc. cit., t. II, 216.

<sup>26</sup> Conferencia del Dr. Osier sobre «La Nación y los Trópicos» y el Dr. Finlay, *Sanidad y Beneficencia*, abril de 1910, t. III, págs. 313- 317; el mismo en inglés, págs. 318-322; el mismo en francés, págs. 323-327.

«En primer lugar el doctor Beauperthuy no habla de la transmisión de la fiebre amarilla de un individuo a otro por el mosquito, sino de la producción de la fiebre amarilla y de numerosas enfermedades por las picadas de mosquitos *contaminados al alimentarse de sustancias pútridas, especialmente en los pantanos*».

«En segundo lugar el zancudo bobo no es el *Stegomyia*. Este *en vez de ser bobo*, es uno de los más activos y vivos de nuestros mosquitos de patas rayadas que se cría a las orillas del mar en aguas salobres y saladas, que invade en enormes nubes las habitaciones humanas, y que podía haber muy bien dentro de la teoría de Beauperthuy con respecto al origen de la fiebre amarilla en los pantanos y sus plantas en descomposición. Se le llama bobo por ser el más torpe de nuestros mosquitos, siendo muy fácil su destrucción, cuando está en el acto de picar, por la aplicación lenta y suave de la mano. Para matar el *Stegomyia* o el pipiens, es necesario dar un golpe rápido».

«La interpretación torcida que se da a las palabras de Beauperthuy consiste en ignorar que el mencionado autor señala al mosquito *Zancudo* precisamente para decir que *no es el causante de las fiebres: 'Elle est la plus commune et sa piqûre est inoffensive comparativement a celle des autres es peces'*. (Estas son las palabras de Beauperthuy en sus *Travaux*, p. 138).

«Quiero que quede consignado lo que el doctor Finlay hizo y dijo precisamente en la época en que los comisionados americanos se preparaban para comenzar sus investigaciones trascendentales. Los negros africanos que designan a los mosquitos por el mismo nombre que aplican a sus fiebres, los campesinos italianos y los doctores Nott, Beauperthuy y King estaban igualmente lejos de la posibilidad de decir y hacer lo que el doctor Finlay».

«Este hombre extraordinario había estudiado muy cuidadosamente los hábitos y la distribución geográfica del *stegomyia* o *culex* mosquito Desv. como se llamaba entonces. Había estudiado la anatomía del insecto, había determinado su manera de alimentarse y reproducirse, había estudiado su comportamiento bajo diversas influencias de temperatura y presión atmosférica, y, sobre estos hechos, descubiertos y analizados por él, explicaba con precisión matemática, como lo hacemos ahora, todos los fenómenos de la epidemiología de la fiebre amarilla».

«El doctor Finlay entregó a la Comisión Americana los mosquitos que tenía en su laboratorio y que sirvieron a aquélla para sus primeros experimentos. Hacía veinte años que los venía criando en tubos de ensayo y en pomos, de la misma manera que emplearon después Ross, Grassi y otros, y venía sometiendo a dichos insectos a una serie de ingeniosos experimentos cuidadosamente anotados»...

Los anteriores razonamientos de persona tan experimentada e indiscutida en los problemas de la fiebre amarilla, parécenme más que suficientes para dejar descartado el nombre de Beaupterhuy, en el papel que se le ha querido atribuir.

Respecto a Nott, me atengo a lo consignado por la Comisión de Mosquitos de la *Orleans Parish Medical Society* en su informe oficial a la Asociación publicado en el «New Orleans Medical and Surgical Journal», en enero de 1902, y en el cual expresa que: «...Muéstrase convencido de que los mosquitos comunican la malaria; pero opina que la *fiebre amarilla se propaga por medio de otros insectos que permanecen más cerca del suelo*».<sup>27</sup> En cuanto a King, como no se ocupó más que del paludismo, no hay que ocuparse de él.

Retrocedamos al punto de partida de este trabajo. Veamos lo que ha hecho la Escuela de Higiene y Medicina Tropical de Londres, al esculpir en su nuevo edificio los nombres de los hombres de ciencia que ha juzgado dignos de pasar a la posteridad grabados en su frontispicio.

Un artículo aparecido en las *Notas Editoriales*, del periódico «El Mundo», de esta ciudad, correspondiente al domingo 13 de abril de este año 1930, me llamó la atención hacia esa nueva injusticia para con Finlay. Como quiera que en él se citaba el nombre de mi ilustrado y distinguido amigo el doctor Carlos Manuel García, constante defensor y propagador de las glorias de nuestro sabio —en su país y en el extranjero—, púseme enseguida en comunicación con él, facilitándome el folleto pedido al Director de dicha Escuela, Sir Andrew Balfour, y por éste remitido a mi amigo.

Dicho pequeño opúsculo «Pioneers in Hygiene and Tropical Medicine» contiene por orden alfabético los siguientes veintiún nombres que ha juzgado esa institución como dignos de ser perpetuados en la fachada de su edificio. Dichos nombres son:

Hermann M. Biggs, 1859-1923; Sir Edwin Chadwick, 1800-1890; William Farr, 1807-1883; Johann Peter Frank, 1745-1821; William Craw

27. Revista de la Asociación Médico-Farmacéutica de la Isla de Cuba, La Habana, febrero de 1902, t. II, págs. 395-396.

ford Gorgas, 1854-1920; Edward Jenner, 1749-1823; Robert Koch, 1843- 1910; Charle Louis Alphonse Laveran, 1845-1922; Sir William Leishman, 1865-1926; Timothy Richard Lewis, 1841-1886; James Lind, 1716-1794; Lord Lister, 1827-1912; Sir Patrick Manson, 1844-1922; Emund A. Parkes, 1819-1876; Louis Pasteur, 1822-1895; Max Von Pettenkofer, 1818-1901; Sir John Pringle, 1707-1783; Walter Reed, 1851-1902; Lemuel Shattuck, 1793-1859; Sir John Simon, 1816-1904, y Thomas Sydenham, 1624-1689.

Como se ve, han tenido que remontarse hasta el siglo XVII para poder completar los nombres que les han parecido más conspicuos para figurar en el frontis de su nuevo edificio.

Lejos de mí la idea de criticar a ninguno de ellos, aunque esto no sería difícil, tratándose de estudios de higiene y sobre todo de Medicina Tropical, cosa que sospecho que alguno de ellos no conocería ni por el nombre. Pero *desconocer* el nombre esclarecido de Finlay, después de haber sido reconocido por todo el mundo sabio, después de haber proclamado su gloria nada menos que la Escuela de Medicina de Liverpool pocos años antes (1907) concediéndole la medalla Mary Kingsley, otorgada por haber descubierto el agente transmisor de la fiebre amarilla, y que le fue entregada en solemne sesión de 14 de noviembre de 1907, por el Honorable Gobernador Provisional de Cuba, Charles Magoon, asociado al Claustro de nuestra bicentennial Universidad de la Habana, en el Aula Magna, con asistencia del Cuerpo Diplomático y de todas las representaciones culturales y sociales de la República; después que el representante de nuestro Gobierno recibió del señor Ministro de su Majestad Británica la medalla Mary Kingsley, «*creada a la muerte de la famosa viajera del Africa, cuyo nombre lleva en conmemoración de su obra en los trópicos y para ser discernida a aquéllos que se hubieran distinguido en trabajos especiales de investigación en medicina tropical*»<sup>2\*</sup> ...El Gobierno, haciendo justicia a la personalidad esclarecida del doctor Finlay, teniendo en cuenta los beneficios incalculables que su fructífera labor ha proporcionado a la humanidad y al nombre científico de Cuba, ha creído su deber aprovechar la oportunidad que se le ha presentado para hacer público reconocimiento de la alta estimación que sus investigaciones y descubrimiento merecen al pueblo y su Gobierno».

Desde Liverpool hasta Londres las comunicaciones son constantes y en pocas horas puede saberse lo que ocurre en una y otra ciudad, máxime tra-

<sup>2\*</sup> Boletín Oficial del Departamento de Estado de la Secretaría de Estado y Justicia, año IV, núm. 43, p. 331, Habana, nov. 1907; y Sanidad y Beneficencia, t. Xii, p. 87-93.

tándose de instituciones análogas. Por tanto, el desconocimiento, por parte de la Escuela de Higiene y de Medicina Tropical de Londres, de lo hecho por su homóloga de Liverpool, es inconcebible y sólo una mala fe manifiesta es capaz de explicar dicha omisión.

Pero, aun hay más; ya antes me referí a lo que nuestro Guiteras hubo de escribirle a Osler, con motivo de la misma silenciación de nuestro compatriota, que precisamente contaba entre sus ascendientes a ciudadanos de aquella nación, nacidos en Escocia. ¿No es esto prueba evidente también de la conjura que vengo denunciando?

Ayer mismo, publica ese periódico de gran información a que antes aludí, «El Mundo», jueves 22 de mayo de 1930, una carta de Sir Andrew Balfour, Director de la Escuela ya citada, de Londres, en la cual dice haber recibido una copia del artículo «*que vie envió una persona desconocida*», cuando ésta es bien conocida por sus trabajos científicos, y sobre todo cuando *llevaba estampada la firma del autor*. En ella se extiende en lamentar el mal efecto que ha causado la publicación en un periódico de la influencia y de la importancia de «El Mundo» y al referirse a la selección que ha habido que hacer de los nombres presentados como comentario al artículo que sobre Finlay escribió en la obra «*Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene*» dice, textualmente: «*es un precursor (pioneer) que merece respeto y su memoria con mucha razón se tiene en muy alta estima en Cuba, su patria*», y termina la célebre carta dirigida al director del periódico en esta tremenda confesión:

«...siempre me he complacido pensando que Finlay llevaba un nombre escocés y que fue uno de los que abrió el camino que condujo a la disipación del misterio que rodeaba la transmisión de la fiebre amarilla».

Es decir, que Finlay sólo fue un *pioneer*, que fue uno de los que abrió el camino y que su memoria con mucha razón se tiene en muy alta estima en Cuba, su patria. Fuera de ella sólo para el Director de la Escuela de Medicina Tropical e Higiene de Londres carece de esa estima y de las consideraciones que el mundo sabio le ha prodigado a manos llenas. ¡Bueno sería que Sir A. Balfour se documentara un poco más sobre la vida de los grandes benefactores de la humanidad, y que estudiara un poco mejor las obras científicas tanto de Finlay, como de Guiteras, como de nuestro Agramonte —de quien también se quiere prescindir cada vez más—, antes de estampar conceptos que desdican de la cultura de un hombre que ocupa

la elevada posición de Director de una Escuela como la de Londres; y como lo fundamental de los escritos de estos compatriotas están redactados en el idioma de Shakespeare, no debe ni puede alegar la ignorancia del idioma castellano! La ciencia no tiene fronteras que limiten sus patrias de origen, tiene hombres que la cultivan y tiene también otros que bajo su capa ocultan marcada hipocresía. Si en el mundo social esa carta a que nos referimos ha producido muy mal efecto, podrá calcularse cuál habrá sido en el mundo intelectual.

La solución que propongo para terminar de una vez y para siempre con las erróneas apreciaciones que se vienen propalando en varios lugares acerca de nuestro sabio, el inmortal Finlay, es ésta: 1<sup>o</sup>, que se haga una edición numerosa de sus trabajos completos, con las opiniones de las colectividades y autoridades en la materia, rebatiendo a la vez las falsedades escritas y las omisiones realizadas, para repartirla profusamente por todos los países a fin de que los verdaderos hombres de ciencia puedan conocer la verdad y no se dejen embaucar por dichos o hechos tendenciosos como los que han dado motivo a este trabajo; 2<sup>o</sup>, para que no puedan alegar el socorrido argumento de su desconocimiento del rico idioma de Cervantes, que se edite cada trabajo de los fundamentales, por lo menos en francés e inglés.

REFERENCIA: *Revista Médica Cubana*, t. XLI, n<sup>o</sup> 8, p. 969-982 (1930)

